

MANUEL VICENT

**E**STO es lo que hay. Una tediosa hecatombe en la plaza de las Ventas, con pezuñas cuajadas de sangre, la cultura de desolladero esparcida en un Madrid de acacias floridas, el Parlamento bajo el síndrome de un voto de censura al Gobierno, discursos y estocadas, toreros y diputados, la capital de España con ese aire de una vieja estampa a la que sólo falta el perro Paco subido en la jardinera de un tranvía para que uno tenga la sensación de que acabamos de perder otra vez Cuba. Arrastrando las patas por el espumoso bochorno de mayo me he metido bajo la cascada de la plaza de Colón, que es un maneken pis un poco bestia, para oír una conferencia sobre economía, he asistido en el Club Internacional de Prensa a la presentación del libro de Manolo Revuelta acerca de una historia ejemplar ocurrida en la cárcel de Herrera de la Mancha, que relata presuntos donaires policiales con los presos, he presenciado con mis propios ojos en la Casa de la Panadería esa graciosa mezcla de fascistas, falleras, socialistas, pendones, tapices, azulejos de Talavera, concejales con barba, que rodeó al artista rojo granate Josep Renau, sombreado por la mano paternal y admonitoria de Tierno Galván en la exhibición al público municipal de una obra ilustrada con sus famosos carteles. El libro de Josep Renau se titula **Arte en peligro**. Pero hay muchas cosas que están en peligro, además del arte.

Si escuchas a Mandel bajo la cascada de Colón el macabro vaticinio de esta crisis económica que será larga y puede acabar en guerra, si oyes al abogado Mohedano denunciar supuestas torturas sin tocar madera pasándose al enemigo por la faja, sientes que el espíritu del mal azota ya este temporal de la represión, sabes que finalmente todo encaja. En el Centro Cultural de la plaza de Colón, bajo esas pirámides en alpargatas, Mandel hablaba a un público circunscripto, de arqueado entrecejo, sobre maldiciones económicas. La crisis actual es de ciclo largo, puede durar diez años y, como siempre, el capitalismo está dispuesto a hacer cualquier cosa, probablemente una barbaridad, para salvar el propio pellejo. En la plaza de toros de las Ventas sigue el ritual de cuchilladas, los diestros con tripita y la virilidad metida en un paquete satinado efectúan el símbolo del desastre apuntillando morrillos. En el Club Internacional de Prensa estaba la plantilla de los últimos firmantes de escritos de protesta, gente arrojada que todavía se atreve a plantar cara al

nublado de derechas, a la granizada que se avecina. En la presentación del libro de Manolo Revuelta sobre el asunto de la cárcel de Herrera de la Mancha hablaron el abogado Mohedano, Aranguren, el diputado José María Bandrés y Pablo Castellano. Se limitaron a lidiar un toro con puntas con una audacia cada vez más en desuso.

Después de saber que la economía se está bebiendo los santos óleos con botijo, después de presentar que dentro de poco el petróleo de la extremaunción con que el Occidente cristiano se untará los pies se va a poner por las

## LAS TORTAS DEL SANTO

nubes, después de oír a Rosón en el Congreso anunciar una postrimería de vergas o apoteosis policíaca, después de presenciar el valor de unos caballeros denunciando a pecho descubierto la lidia de las cárceles democráticas, me encontré en la Casa de la Panadería metido en un acto que fue la expresión surrealista y esperpéntica de la cultura y la política de este momento. Hay que imaginarse el cuadro. En un salón con tapices, azulejos y techo pintado con ángeles voladores, convertido en un aula con estrado, abierto a los balcones de la plaza Mayor repleta de compradores de sellos, el artista Josep Renau presentó su libro **Arte en peligro** dentro de un agasajo postinero que el Ayuntamiento de Madrid ofrece gratuitamente a las provincias, a los isidros de la periferia que deseen comer la torta cultural del santo. El extraordinario Josep Renau, viejo luchador comunista con ojos llenos de inteligente malicia, estaba allí sentado o embarcado entre el alcalde Tierno Galván y el presidente de la Casa Regional de Valencia, un socialista intelectual y un derechista folklórico. A pesar de la mala uva mediterránea que lo mantiene tan vivo, Josep Renau no logró evi-

tar la emoción en sus palabras y cayó en el tópico del exiliado que recuerda los viejos tiempos de la República y al verse honrado entre maceros municipales confiesa con candor que nunca se hubiera imaginado que un día podría estar aquí sobre las alfombras de la legalidad. Quién me lo iba a decir. Resulta un poco patético oír esto de un hombre tan inteligente cuando ya se sabe que aquí no ha cambiado nada y que el país es un hebedero de patos. Luego habló Tierno Galván con esa sabiduría anfibia que te da la idea que podría estar perorando durante tres horas con el mismo tono monocrorde del arte en peligro, o de la salvación de las focas, o del problema del suburbano, o de la metafísica de Aristóteles, o del poblado dirigido de Fuencarral. Lo que le echen. El alcalde lo desmenuza todo entre paternales consejos y admoniciones como un bálsamo pental. Pero lo importante no es lo que se dijo allí. Ya se sabe que el arte está en peligro y que a este paso el Museo del Prado se va a convertir en un depósito para coches que se ha llevado la grúa.

Lo interesante era el cuadro. Para arropar culturalmente el acto, a los señores de la Casa de Valencia no se les ocurrió otra cosa, ¿la adivinan?, que llevar a dos señoritas vestidas de falleras o de gayáteras dentro de un costumbrismo hortera. Otro señor con pinta de arrogero acudió con un guión de seda con los escudos bordados de las tres provincias y la señora con banda azul, de modo que el espectáculo era delirante: un artista de fama mundial con el lagrimal picado, es decir, un comunista ardiente del que los prohombres de la derecha cerril y folklórica valenciano-levantina huirían como Drácula de una ristra de ajos en esta ocasión fue raptado por los representantes de la Casa Regional, rodeado de pendones y trajes con lentejuelas. Un grupo de Acció Cultural del País Valencià estaba allí al borde del infarto contemplando el festejo intelectual-costumbrista con vergüenza ajena a punto de reventar el acto. Un público entretenerado de señoras finas acompañadas de distinguidos caballeros regionales dentro de un orden y jóvenes barbudos y airados se miraban de reojo. El concejal de Cultura no entendía nada. Tierno Galván, tampoco. Así que se limitó a dar la bendición apostólica y la mano blanda a cuantos se la pedían y a largarse. Pero esta es la situación del país, una ceremonia de la confusión, mientras en la feria unos diestros degüellan reses y Rosón anuncia la paz a estacazo limpio. ■